

Santiago carece de carácter y de una fisonomía estable. Desde luego, no se emplea en sus contrucciones la piedra, ese noble material que da a los edificios una austera belleza. No poseemos vestigios del pasado, no conservamos reliquias. ¿Cómo podríamos tenerlas? Chile no fué ni siquiera virreinato; sólo fué capitania. Vivimos, pués, en un presente plano. Pero, dentro de ese presente que podría ser bello, reina el desorden: irregularidad en los estilos, en las alturas, en los materiales, lo que da una impresión de ciudad a medio hacer. No existe la armonía de perspectivas y de líneas que proporciona al espíritu tan hondo placer estético. Desde luego, la mentalidad del peatón santiaguino es diferente a la del peatón europeo. Allá el pasante tiene estabilidad, se da tiempo para lo que llaman los franceses "flaner"; es decir, derrochar tiempo, salir a meditar, sin rumbo, sin apuro perdiendo horas - o ganándolas - en mirar cómo tiemblan las hojas o en instalarse en las típicas terrazas de los cafés que, en toda Europa, son como oasis o como complementos de la vida callejera. Aquí nadie se instala. A la usanza de Est. U. la gente va de prisa, jadeante, sin detenerse. Las calles son sólo pasadizos o páramos. Por lo demás ¿cómo soñar mirando una arquitectura multi-forme y fea, tan inarmónica, que junto a rascacielos tipo cubo yacen casitas chatas de un piso? ¿Cómo reconcentrarse frente a esos colores chillones que atacan nuestros sentidos mientras añoramos una señorial y reposante graduación de grises? Y luego ¿qué manía de ensanchar siempre, sin un plan, sin el menor sentido artístico! Los dirigentes que hacen y deshacen ignoran que junto a amplias avenidas llenas de árboles, debe existir la ca-

llecita tortuosa, llena de misterio, como las que se conservan en Paris, Londres, Madrid. ¿Hay encanto igual al de la calle medioeval? Fuera de eso, no hay monumentos hermosos, hay poquísimos árboles. Domina siempre el espíritu práctico: ensanchar siempre para que quepan más automóviles; cortar palmeras y toda clase de árboles para comerciar la madera y para que estacionen mayor número de automóviles. Aquí, el automóvil manda, es el rey. Un espíritu práctico exacerbado pierde al chileno. Se ignora que no todo se hizo para obtener ganancias. Se ignora que hay cosas que alimentan el espíritu. ¡Pero si hasta se había ideado derribar la iglesia de S.F. para que el tráfico no tuviera que desviarse un poco al pasar! Y, en épocas pasadas, se destruyó por viejo el P.de C. que parece, era una joya, semejante al Ponte V. de Flor! Lo repito, el espíritu p. pierde al chileno. Miremos por ej. Prov. Desde el Parque G.B hasta Apo. es una avenida desnuda, sin edificios de valor, sin monumentos, desapareja, llena de hoyos que esperan indefinidamente al árbol que no se planta y, de vez en cuando, una corrida de Es, por lo tanto, esa importante av. residenc. algo innoble. arbustos raúuticos. Miremos la Alameda. Desnuda también, sin árboles ni sombra, pero cómoda para que circulen gran cantidad de autos. Su fealdad brilla impúdica porque nada la oculta. En cambio, entramos a la Av. Lota o E.Y. y en el acto suspiramos de alivio. ¡Así deberían ser todas las avenidas! nos decimos. Frondosas, llenas de verde. ¡Qué cuesta plantar árboles! Cuesta el esfuerzo que falta al que no ama la belleza, al que no la necesita para subsistir. Entonces ¿qué puede atarnos a la ciudad? ¿qué puede estéticamente retenernos? Es increíble de qué modo amarran los lazos de belleza circundante, aún sin que el individuo lo sepa. Por eso, tal vez, por tal carencia de armonía, es que inconscientemente, el chi-

leno sólo abriga en el fondo de su alma un anhelo: partir. Hay pocos seres más viajeros que el chileno, pese a su pobreza y al poco valor de su moneda. Es que, creo yo, es imposible sentirse feliz dentro de un mar de cemento y en medio de desnudeces sin árboles.

Continuamente oímos a padre que al referirse a sus hijos exclaman; "Hay que formar hombres prácticos. ¡No, señor! Hay que formar hombres de pensamiento y de cultura. Hay que impedir que sigan multiplicándose esas personas que frente a un parque histórico <sup>piensan</sup> lamentan en la suma que producirá la explotación de ~~esos~~ troncos seculares y que

*que los orden vale menos que quienes la belleza del mar*

PATRIMONIO UC